

chos, con los instrumentos de amarillo bronce sobre la mesa, donde ya no había nada. Hablaban á un tiempo con la importancia é intimidación característica en los ebrios, abrazándose con toscos manotones, los ojos vidriosos y las bocas babosas. Allá junto á la cocina, los mozos que sirvieron la mesa, los cocheros, los rancheros, rurales y algunos barreteros, comían y bebían, riéndose y hablando tumultuosamente, ya un tanto borrachos.

En todo el resto del patio, la soledad y el silencio reinaban, y el abandono de adornos, arcos, flores, coches, etc., semejava el día siguiente al de una fiesta nacional celebrada en un pueblo, cuando los pobres amanecen en la cárcel y los ricos se mueren de crudos en sus casas. En las habitaciones donde estaba la ilustre señora, señoras y señoritas, el silencio era absoluto. Ví salir á Doña Plácida y le hice una seña. Se acercó y me dijo que todos dormían profundamente, aunque muchas... estaban ya con los estómagos vacíos, como sonajas. Rosa Elena me preguntó lo que decía esa señora.

—Dice que todos duermen muy bien.

En aquel momento salieron tres del escritorio, abrazados, alzando los pies y empujándose á cada paso. Componían el grupo: Don José, muy borracho, llevando del brazo izquierdo, agarrado por la cintura, al mayordomo de la condesa, Secundino Gómez, y con la derecha, al famoso cojo Luna. Este cojo, Toribio Luna, un charro flaco, con una pierna encogida por un balazo arriba de la rodilla, de barba rala y picado de viruelas, era el jefe de La Acordada, hombre terrible y muy temido, terror de los bandidos (de los que fué), y el que, ahorcando ladrones por docenas, limpió toda la sierra y el valle de salteadores y malandrines. Toda su fuerza se componía de veinte soldados, hombres de toda su confianza, curados de espanto, jinetes hábiles en buenos caballos y bien armados. El cojo Luna conocía á todo bicho viviente, su historia, sus recursos y sus ocupaciones, así como todos los ranchos, cerros, barrancos, caminos, veredas y matorrales. Se apa-

recia intempestivamente, ya solo, ya con todos ó parte de sus jinetes, por todas partes y á todas horas del día y de la noche. Sobra decir que era buen amigo nuestro, y esa vez me tranquilizó por completo, quitándome un enorme peso de encima.

A él y á Secundino los llevó Don José á beber champagne al Escritorio, y ya iluminado el ibero, ofrecía prestarles todo el dinero en efectivo que necesitasen para hacer negocitos, sin rédito y á la palabra. Esta era la manía en que daba el rico español cuando estaba chispo. Secundino no decía nada y se dejaba llevar con la condescendencia respetuosa que le infundía todo mortal dueño y señor de haciendas grandes con *mucho* ganado y siembras.

El cojo Luna, más político y avisado, bromeaba con él, como de igual á igual; pero sin comprometerse en nada, honradamente, para no tener condescendencias y poder obrar libremente en caso dado.

Al vernos de improviso los tres hicieron alto respetuosa y galantemente. Secundino se ruborizó, riendo con su bocaza á las *niñas*; Don José hizo colosales saludos; y el cojo Luna, enderezándose sobre la pierna buena y tocando apenas el suelo con la punta del otro pie, se descubrió con la mano que tenía libre.

Como nos llamara Moore, se apartaron un poco hacia atrás, pero sin soltarse. Luego siguieron su camino, saliendo por la puerta principal, rumbo á la Plaza, donde el mitote parecía ser muy grande, pues de vez en cuando oíamos los ecos vagos de las músicas, acompañados por detonaciones de espoletas.

Moore y yo habíamos arreglado mientras tanto un carro plataforma, bien acolchonado con mantas y lonas para que ellas fueran cómodamente, sin mancharse la ropa.

Dos barreteros y un peón que por allí andaban, cerca de la cocina, eran la fuerza de tracción, llevando las mechas el yankee y yo. Rosa Elena iba adelante, Angela en el centro y María Teresa atrás, en el pulman, como dijo Moore. Cuando les ayu-

dábamos á acomodarse arreglándoles los extremos de las faldas para que no fuesen colgando, Rosa Elena, que buscaba algo con los ojos por todas partes, no pudiendo al fin contenerse, me dijo:

—¿No esperamos al ingeniero Leal?

—Ah, lo habíamos olvidado—contesté.

—Ya nos alcanzará—murmuró el yankee.

—Pero le prometí que lo esperaríamos—objetó ella tímidamente, ruborizándose. Moore se la quedó viendo atentamente, y dibujando en sus flácidos labios una mueca que era maliciosa sonrisa y parecía gesto de llanto, díjole con socarronería:

—¡All righl! ¡All righl! ¡A merveille!—Luego añadió:—Yo voy á traerlo aquí.

Dió unos pasos atrás y con su acento apretado, un poco gutural, empezó á gritar, poniendo las manos de tornavoz:

¡Lüis! ¡Lüis! —Añadiendo graciosamente:—¡Allons, mon ami!—con cuya expresión francesa, al mismo tiempo que lo llamaba, parecía darle una buena noticia.

Rosa Elena, que había vivido en Francia largas temporadas, comprendió todo el sentido, la intención de la frase y se puso roja.

Fuí el único que la ví; pero me hice el desentendido.

Luis salió de un brinco, de donde menos lo esperábamos: de la puerta del socavón, frente á nosotros. No encontrando dónde meterse el infeliz, después del remojón, habíase ido á la Bartolina, para bañarse en una cubeta, cambiando de ropa. Salió de charro: ancho sombrero con barboquejo levantado por la nuca sobre la encogida falda; chaqueta y chaleco blancos, corbata roja, pantalón negro ajustado, con botones y cadenas de plata y zapatos amarillos. Veíase muy bien y su figura seducía.

Mucho pensó y su preocupación fué grande, discurrendo cómo haría para presentarse ante nosotros, mejor dicho, ante ella, después de lo sucedido. En acecho, muy nervioso, nos estuvo viendo por la ventanilla desde que llegamos y oyó toda la conver-

sación. Sin embargo, temía, y tomando de pronto una resolución violenta al oír los gritos de Moore, presentóse de golpe, buscando un efecto y con cara de chiste.

María Teresa, Angela, Moore y yo nos echamos á reír por la salida intempestiva y por la cara que trafa. Eso fué suficiente para que se quedara clavado, con los ojos abiertos y toda la sangre en las orejas. Con avidez buscó los ojos de Rosa Elena, pues para él no había nadie más; y su gozo fué tan grande, que inmediatamente se puso pálido. Los azules ojos negros, más negros que azules, diéronle la bienvenida con una mirada infinita, los párpados entrecerrados, la línea visual de la profunda pupila tangente á las curvas pestañas; mirada que le hizo el efecto de un beso dado en el mismo corazón por labios suaves, húmedos y ardientes.

Fué aquello el momento más intenso y decisivo de su vida, pues el pobre compañero, que iba de mal en peor, perdió su equilibrio, su voluntad, su desbordante y sana alegría: era otro, metamorfoseado radicalmente por la acción directa é irresistible del amor. Rosa Elena quedaba grabada á golpes de cincel, en bajo relieve, para siempre, en el alma de Luis.

Acercóse tras ligera vacilación y no sabiendo qué decir, tropezó con los rieles, conmigo, con Moore.

—Lo esperábamos—díjole ella con naturalidad saliendo en su auxilio; y dirigiéndose á mí inmediatamente, sin afectación, me preguntó simulando miedo:

—¿Y no quedaremos allá adentro, bajo el cerro?

Los barreteros y el peón empezaron á empujar con suavidad la plataforma. Iba yo por delante, antorcha en mano, Moore á la derecha y Luis á la izquierda.

La intensa luz del sol se perdía á medida que avanzábamos, hasta convertirse en una claridad amarillenta, igual á la flama de las mechas. Al frente, para donde íbamos, veíase un pequeño cuadro negro allá en el fondo del socavón que tomaba la forma de

un embudo; los rieles, brillantes y pulidos por el uso, se extendían hasta perderse en una cinta opaca; la blanca pared del caño del desagüe, á nuestra izquierda extendido, parece que se hundía en el piso y el canto monótono del agua que por dentro corría, acompañado del ruido fofo de nuestras pisadas, del roce de las ruedas del carro y del zumbir de las llamas de las mechas, chisporroteado, formaban un concertante, al que nosotros estábamos acostumbrados, y en ellas agitaba los corazones despertando á la loca de la casa, la imaginación. No hablaban, curioseando todo aquello con avidez y temor: veían las piedras ennegrecidas, desiguales y marcadas por las cañas de los barrenos como arterias abiertas; los huecos húmedos y terrosos, ahumados; la madera negra y húmeda de los marcos de ademe, cubiertos en partes por hongos blancos en forma de telarañas enormes, palpitanes. Y al compás de su respirar anhelante y temeroso, el canto del agua, de continuo murmurar, cual si llorase al sentirse desalojada brutalmente de su profundo lecho. La obscuridad, esa tenebrosa obscuridad, pesada y única de las minas, fué aumentando de tal manera, según entrábamos, que cubría como con negro crespón, la amarillenta y agitada flama de las mechas. Más adelante la obscuridad nos envolvió por completo y nuestros ojos vieron las luces como se ve el sol en un helioscopio. La entrada del socavón, á nuestra espalda, allá muy lejos, semejava un pequeño agujero por el cual se viese una hoguera.

Me detuve; Moore y Luis atrancaron la plataforma con pequeñas piedras.

—Esperamos aquí un momento—les dije—para que nuestros ojos se acostumbren á la obscuridad. Estamos encandilados.

—Cierren ustedes los ojos un momento—añadió Moore, espabilando y *dando caldo* á su mecha.

—¿Cuánto llevamos andado?—preguntó María Teresa con los ojos apretados.

—Unos noventa metros.

—¿Y faltan?

—Como doscientos próximamente.

—¡Qué olor tan raro!—dijo Angela.

—Huele á mina—contestó el yankee.

Al cabo de tres minutos emprendimos la marcha, y al abrir ellas los ojos exclamaron á un tiempo:

—¡Ah, qué claro se ve! . . .

—¡Y qué fresco tan agradable!—murmuró Rosa Elena.

Como pasáramos por una larga serie de marcos de ademe en un tramo blando, María Teresa soltó la pregunta que á duras penas contenía:

—¿No se nos caerá todo esto encima?

—No hay peligro—contestó Moore alzándose de hombros como quién comprende las pequeñeces de las mujeres.

—¿Y si hay un temblor?—objetó Rosa Elena.

—Acá nunca tiembla, y si temblara sería lo mismo. Estas casas son muy sólidas . . . cuando se saben hacer.

A los ciento noventa y tres metros llegamos á la veta principal. Me detuve. Sobre nuestras cabezas había una gran abertura negra que se prolongaba á izquierda y derecha, estando ambos lados cerrados por gruesas paredes que se elevaban muchos metros. En una y otra pared había dos puertas, estando en aquel momento sólo abierta la del lado W, que era el camino ordinario para todos los labrados de las minas.

El lugar donde estábamos era un relleno sostenido por abajo con arcos de piedra. De aquel lugar habían sacado los españoles una gran bonanza. Nosotros ampliamos y compusimos el socavón antiguo, continuándolo después adelante del tiro interior.

—¿Y cómo conocen la veta aquí?—preguntó María Teresa.

—Es muy distinta de la roca—contestó Moore lacónicamente, sin querer meterse en explicaciones. Pero Luis las hizo: explicó todo detalladamente y lo más gráfico que le fué posible; pero empleó en su conferencia algunos términos técnicos y mu-

chos de la jerga del oficio, de manera que ellas casi no entendieron nada.

De improviso cayó de arriba un poco de tierra, en forma de menuda lluvia. Muy sorprendidas quisieron ver. Moore les dijo:

—Son las ratas.

—¿Las ratas? ¿Ratas aquí?

—Hay muchas en las minas y está prohibido matarlas, porque son el consejo inferior de salubridad. Ellas no entendieron y yo me eché á reír por el eufemismo yankee.

Por la puerta de la izquierda, que estaba abierta, todos oímos vago ruido de voces, carcajadas, silbidos y tamborazos. En el acto me acordé del Bautismo del afeminado y ordené que siguiéramos andando.

—Hablan dentro, por ahí, ¿verdad?—preguntó María Teresa con sobresalto

—Sí, es la gente que trabaja en el desagüe—contesté inmediatamente.

Luis, que ignoraba lo del Bautismo, manifestó extrañeza, sabiendo que no había más que los bomberos de los tiros. Díjele que tal vez eran los muchachos que llevaban las comidas, y por fortuna no insistió.

Cuando llegamos al Tiro interior del Refugio íbamos á hacer el cambio para llevarlas en la plataforma hasta el Andén; pero siguiendo el consejo de Moore, prefirieron bajarse. En el piso, por fortuna, había muy poco fango. Pasando las mechas á los barreteros, Moore dió el brazo á María Teresa, Luis á Rosa Elena y yo á Angela. Esta y la primera tenían mucho miedo por la obscuridad, por el imponente silencio del lugar y sobre todo porque sabían que allí muy cerca estaba el Tiro, un horroroso agujero, más horroroso aún en semejante parte. Ví que Rosa Elena estaba muy seria, sin que se le viese el menor indicio de su bondadosa sonrisa, y cuando la examiné atentamente á la luz de las mechas, sorprendíome aquella radical transformación, pues

el labio inferior un poco salido, desdeñoso, y una ligera línea vertical entre las cejas, daban á su hermoso rostro algo de dureza ó disgusto. Luis no decía ni una sola palabra; pero su ansiedad, su temor, eran tan manifiestos, que la contemplaba, palpitante y pálido, sin conseguir lo mirase ella para nada.

Hace tiempo, en una ciudad de Alemania, Posen (de la extinta Polonia), me fuí á meter sin saber por qué, aburrido, á un teatro muy grande y semiobsuro, en donde se representaba ante numeroso auditorio atento y silencioso no se qué tremendo drama social. Yo, que apenas comprendo el difícil idioma de Goethe, adivinaba lo que los actores hacían y hablaban, forjándome otro drama á mi manera. Un joven, sentado en el fondo de un jardín, escribía, teniendo apoyada la frente en la mano izquierda. Apareció por otro lado una mujer hermosa, risueña y alegre, esfumando *sotto voce* una romanza. Cuando ella vió al mozo que abstraído escribía, su rostro cambió súbitamente y fué tan enérgica aquella expresión, el gesto tan claro y el cambio tan radical, que ya había caído el telón y yo seguía viéndola y ahora la veo todavía.

Esa misma transformación violenta advertí esa tarde en el hermosísimo rostro de Rosa Elena, y tan grande fué la semejanza con la imagen de mi recuerdo, que pensé debía ser igual la causa en una y otra.

Puestas las manos en una gruesa baranda de travesaños de madera que rodeaban el claro E. del tiro por tres lados, pues el W. estaba fondeado, uno de los barreteros agarrado de la cadena del cajonero extendió la luz sobre el abismo y vieron ellas la tenebrosa profundidad por donde colgaban los dos cables y la armazón simétrica del ademe que, mojada en tramos, se perdía allá muy abajo. María Teresa y Angela se estremecieron apretando nuestros brazos con ambas manos. Rosa Elena, nose movió, y sólo en su pura frente la arruga vertical se hizo más profunda.

Mientras tanto, el otro barretero y el peón habían hecho una

bola de estopa que empaparon de aceite y petróleo. Puesta en la punta de una cucharilla, uno de ellos le acercó la flama de la mecha, y cuando la estopa hizo una enorme llamarada, dejáronla caer en el centro del tiro. Una gran bola descendió zumbando con ruido sordo y silbante. A medida que bajaba mayor era su velocidad y más intensa la llamarada que iba iluminando todo el claro, lamiendo las tablas con sus rojas caudas ondulantes. Ellas, agitadas, y clavando los finos dedos en nuestros brazos, se empinaban en las puntas de los pies, estirando los cuellos, con los ojos muy abiertos. La profundidad, con esa iluminación vertiginosa parece mucho mayor de lo que es, y á pesar del miedo cerval que les causaba semejante abismo abierto á sus pies, seguían viendo atentamente atraídas contra su voluntad, sugestionadas. La bola de fuego chocó de improviso en el agua con rudo golpe y en brillante explosión se extinguió.

Cuando apartamos los deslumbrados ojos nos pareció que las mechas se apagaban y ellas, blancas como cadáveres, nos veían ansiosas con ojos de locas.

—Aquí se mataron los primeros dijuntos—dijo imprudentemente uno de los barreteros. El espanto, el miedo, el horror hacíalas temblar de arriba bajo. Para completar su exasperación, del fondo del tiro salió una gritería opaca, angustiada, como de una multitud de condenados que pidieran misericordia. Angela, no pudiendo más, echóse á llorar, abrazándose desesperadamente, y María Teresa con los labios trémulos, húmedos los ojos, murmuró:

—¿Qué es eso, Dios mío?

—Son barreteros que andan allá abajo, en el piso de la Ascensión, y piden otra bola de estopa, otro torito. No teman ustedes, no es nada. Es diversión para ellos.

—¡No, no, no! . . . ¡ya no . . . ya no! . . . exclamó Angela con acento de infinita súplica.

Fué tan profunda la impresión que hizo en Angela y Ma-

ría Teresa ese soberbio espectáculo, que mucho trabajo nos costó calmarlas. Rosa Elena parecía pensar en otra cosa muy diferente, seria y majestuosa, con la mirada vaga y el gesto duro, aunque pálida también.

Avanzamos para el Andén; pero bajo los rodillos de los cables Angela se detuvo y no quiso seguir adelante.

El Andén, donde estaba el malacate de madera, es un hueco redondo y cóncavo como el interior de un domo, de catorce metros de diámetro por nueve de alto. Al entrar semejaba una gruta; pero luego se veían los gruesos y pesados arcos de piedra, los vigones de fierro y los sólidos muros circulares. Del lado opuesto donde estábamos Angela y yo, es decir al norte, bajo un arco rebajado, seguía el socavón unos cuarenta metros. Ahí se había cortado la veta del alto, en borra.

Un malacate rojo de madera, con parte del cable enredado en el tambor, sus cuatro largos espeques como enormes patas de una araña, en cuyos extremos colgaban los balancines de los caballos, llenaba casi todo el Andén.

Rosa Elena y María Teresa se levantaban la falda, pisando en las puntas de los pies. Brillaba el charol de su primoroso calzado hasta la orilla de las medias negras. Luis y Moore explicaban todo, pasando con ellas por debajo del anticuado armatoste.

—Esta vieja matraca de malacate, tardo y pesado—decía Moore—va á ser substituído por un malacate eléctrico. El alumbrado del socavón, andén, tiros y cruceros, será de focos incandescentes.

Cuando llegaron al arco por donde seguía el socavón, Moore las invitó á entrar. Pasó por delante el barretero que llevaba la luz, luego María Teresa con Moore, quedando atrás, como si vacilaran, Rosa Elena y Luis. Al apartarse de ellos la luz, apenas los dibujaba en intervalos, y ví que algo había caído como desprendido de la joven.

Iba á mandar al peón que estaba atrás de nosotros para que

recogiera el objeto caído; pero pensé que si era el pañuelo y la cáscara estuche, regalo de Moore, como era del color del piso, quizá podría romperla poniéndole encima la pata. Supliqué á Angela me dispensara un momento; pero ella se resistía á quedarse sola con el barretero y el peón.

Lo conseguí al fin diciéndola que no me retiraba mucho, y empecé á encender cerillos, temeroso de ir á destruir el precioso estuche japonés.

Encontré un pequeño pañuelo de seda, y cuando me aproximaba pisando suavemente al estribo del arco, oí que Luis y Rosa Elena hablaban. Se habían detenido unos seis metros adentro, casi á obscuras, y sus dos cuerpos se destacaban perfectamente sobre el fondo de luz que bañaba á María Teresa y á Moore allá en el término del labrado. Luis, con la cabeza cubierta por el ancho sombrero, inclinada la barba sobre el pecho y los brazos caídos á lo largo, movía las manos apenas. Ella, derecha, casi rígida, pero sin forzamiento, sostenía la falda con la izquierda y agitaba con la derecha las agujetas que colgaban de su cinturón.

Las flores y adornos de su sombrero, así como la abultada mata de su cabellera recogida sobre la nuca, sobre el fondo luminoso marcaban sus perfiles admirablemente. Apagando el fósforo que se consumía entre mis dedos, simulé buscar á tientas en la penumbra. Luis dijo con voz ahogada, trémula, después de un momento de silencio:

—Perdóneme usted, Rosa Elena, soy un loco

Ella echóse á reír suavemente. Luego exclamó con lentitud, siempre sonriendo:

—¡Es curiosol Anda usted siempre en los extremos; ¡jé, jé! Pretendé usted todo en el acto y luego decae de improviso. No me ha ofendido usted, no tengo qué perdonarle pero reflexione usted

—¡Oh, es verdad!—murmuró Luis con voz opaca, sin matices, alzando los brazos;—usted está muy lejos; usted es muy grande,

muy bella, ay sí, sublimemente bella, hasta la adoración yo soy un infeliz, simple unidad perdida entre millones, humilde ingenierillo que apenas me gano la vida; pero así y todo, Rosa Elena, reina, diosa inmortal, yo, todo yo, todo mi corazón, toda mi alma, todo, efímero y ruin, la ama á usted con desesperada locura ; la amo inmensamente ¡más que á mis hermanas pequeñitas, tal vez más que á mi madre! Perdóneme pero necesito decirselo y que me escuche usted, aunque después

—Cálmese usted, Luis, cálmese—susurró ella emocionada.—No estoy lejos ni es un imposible. No lo desprecio, ni soy insensible quizá; pero no lo amo. El hombre que me gane será el que llene y entre en mi corazón, fraternice con mi alma y logre seducirme por su talento, por sus méritos y por su amor. No crea usted que soy de esas jóvenes soñadoras que esperan príncipes rusos Un hombre honrado y digno que con su nombre me dé la felicidad

—Yo, yo, Rosa Elena, yo. Mi nombre humilde, y mi trabajo humilde, y mi amor inmenso.

—No palabras, Luis. Las palabras después. Gane usted el premio si lo es

—Todo lo intentaré y todo lo haré por usted, por ganarla. ¿Qué premio, Dios mío, tan grande, cuando la diga: ¡Mía, mía!

—¡Luis!

—Así, sí, así: ¡Luis! Repítalo.

—¡Me hace usted reír!

—Ría usted, ría y véame así, así. Con el sonido de su alegre risa despierta mi corazón, y con la luz de esos ojos se ilumina mi alma que estaba á obscuras

—¡Poeta!

—Todo hombre es poeta cuando ofrece su amor á la mujer amada Así, como estamos en las entrañas de la tierra, habiéndose necesitado antes, para llegar acá, el trabajo anhelante

de miles de pechos y el sudor de miles de frentes, así yo gastaré todas mis energías, todas mis fuerzas y lenta pero continuamente, con fe, con pasión, con mi alma, iré abriendo una senda á través de su . . .

—¡Chitl vienen—dijo ella riendo otra vez.— Moore y María Teresa regresaban. Ésta, jadeante y sudorosa, agitaba su pañuelo para darse aire fresco.

—¡Qué calor hace!—dijo.—¿Por qué no fuiste?—preguntó á su hermana.

—Luis me daba una conferencia sobre exploraciones y explotaciones mineras—contestó con graciosa ironía.

Prendí un cerillo y seguí buscando. Al salir, Moore me preguntó:

—¿Qué buscas?

—El estuche japonés que regalaste á Rosa Elena, pues quizá lo tiró con el pañuelo que encontré aquí.

—No, sólo el pañuelo; muchas gracias, señor Colt,— dijo ella viéndome profundamente á los ojos, adivinando si yo habría oído. Parecía muy serena y tranquila, pero su mano temblaba ligeramente al recoger el perfumado pañuelito.

IX

Con mediana velocidad dejábamos rodar la plataforma al regreso, por temor de un descarrilamiento, pues parece que el diablo hace estas cosas adrede y cuando menos se necesitan, según sucedió cierta vez que Don Jorge von Sberg, Rivera, el Doctor y Don José dieron de narices contra las horquillas de un cuadro, quedando llenos de chichones, raspaduras y más enlodados que unos marranos.

Moore, con una mecha que chisporroteaba, zumbando, iba por delante, dando grandes zancadas; los dos barreteros sostenían la plataforma con dos cuerdas, para que no tomara gran velocidad en el descenso; el peón llevaba la otra mecha, y al último Luis y yo corriamos también. A veces la plataforma se aproximaba, rodando con velocidad hasta las pantorrillas del yankee, y María Teresa y Angela gritaban alzando las manos. Moore, sin precipitarse, volvía la cara donde brillaban los cristales como ojos de gato, y se sonreía estirando para las orejas sus labios suaves y sueltos.

Cuando cruzamos por la veta principal, Moore tropezó con uno de los durmientes de acero que estaba un poco descubierta, y abriendo más las enormes piernas y los brazos como aspas de aeromotor, fuese un largo tramo cayendo y levantando hasta detenerse al fin, poniendo las manos y narices en la roca, á la izquierda.

La mecha quedó en medio de la vía, y la plataforma fué detenida precisamente encima de ella.

María Teresa y Angela chillaban, queriendo bajarse; pero Luis sacó la mecha inmediatamente. Sin embargo, María Teresa, que iba adelante, saltó con agilidad y fué á ver á Moore, el cual tranquilamente, con la lengua, se mojaba las palmas de las manos un poco desolladas.

—¿Qué tiene? ¿Se hizo usted daño?—preguntó con interés.

—¡Oh! gracias, gracias—contestó Moore visiblemente satisfecho,—no es nada, ¡oh, nada! Gracias, gracias.

Al oírnos reír, principalmente á su hermana, la joven se volvió rápidamente, intentando dar una explicación; pero ruborizándose por grados.

Cuando la acomodábamos en su asiento, por la puerta del camino que habíamos dejado un poco atrás, oímos gran alboroto muy próximo, y de pronto empezó á salir mucha gente con mechas, con antorchas de petróleo y con velitas, pero con tan